

Capítulo 28 - Anciano de la Secta Inmortal

Yo, el anciano Feng Lianhua de la Secta Inmortal, me he enorgullecido durante mucho tiempo de mi trascendencia.

El cultivo es el camino hacia la pureza: elevar el alma por encima de los deseos básicos y refinar el cuerpo para convertirlo en un instrumento de la voluntad divina.

¿Lujuria? Una locura para los débiles, una distracción que nubla el dantian y contamina los meridianos.

He visto a mis discípulos sucumbir a ello, con sus rostros contorsionados en lo que ellos afirman que es éxtasis, pero yo solo veo degradación.

¿Por qué se entregan a tal... desorden? Entrar en esos lugares sucios y contaminados, gimiendo como bestias... es una tontería, una rendición a los instintos animales que yo, en mis siglos de celibato, nunca me he dignado a comprender.

La virginidad no es una carga, es una armadura que preserva mi qi intacto.





Hombres y mujeres por igual buscan estos placeres fugaces, pero ¿con qué fin? El poder reside en la negación, no en la complacencia.

Esa convicción se mantuvo firme hasta que lo vi por primera vez: el miserable y viejo emperador Zhao Tianlong.

Wuji me había convocado a Eldridge Hollow, parloteando sobre un "padre resucitado" que causaba problemas.

Esperaba un fantasma frágil, un remanente de una dinastía caída, fácil de aplastar bajo el poder de mi Alma Naciente.

En cambio, allí estaba él, en esa arena polvorienta, una cáscara arrugada con cabello gris y ojos hundidos, pero que seguía comportándose con una vitalidad inexplicable.



Qué divertido, pensé. Un muerto jugando a la vida. Acabaría con él rápidamente, como se aplasta un insecto.

Pero entonces... la bomba. Aplastó algo en su manga y se extendió una extraña niebla, invisible pero insidiosa.

Al principio, lo descarté como un truco de salón: mi cultivo debería hacerme inmune a esos venenos.

Sin embargo, mi cuerpo me traicionó. Un calor floreció inesperadamente en mi pecho, mi pecho se endureció contra la



seda de mi túnica, rígido y sensible de una manera que nunca había conocido.

¿Qué brujería era esta? Y más abajo... algo se agitó en esa zona oculta entre mis piernas, un calor resbaladizo que no reconocí, como si mi esencia misma despertara contra mi voluntad.

Fue extraño, antinatural: mi carne reaccionaba voluntariamente, sin orden alguna. No lo entiendo.

¿Por qué esta... humedad? ¿Este dolor? Apreté los dientes, intentando contenerme, pero mi respiración se entrecortó y mi piel se enrojeció.

La proximidad del viejo tonto lo empeoraba todo: su aliento en mi oído, su cuerpo cerca. Me sentí... expuesta, vulnerable como ninguna batalla me había inducido jamás.

¿Lujuria? No, imposible. Era una artimaña, nada más.

La "pelea" que siguió fue una farsa. Sin cultivo, debería haberlo desmantelado, pero la niebla nubló mi visión, convirtiendo el combate en algo profano.

Sus manos sobre mí, toques accidentales que me encendieron las venas. Me aparté, horrorizada, mientras mi mente gritaba negación.



"¡Envenenaste el aire!", lo acusé, pero él desapareció en el caos, dejándome... inquieta.

Durante días, la sensación persistió: un calor fantasma en la parte inferior de mi cuerpo, pensamientos confusos sobre ese miserable hombre.

¿Por qué mis discípulos parecían disfrutar de esas cosas? Entrar en lugares sucios, abofetearse como idiotas... era sucio, inútil.

Pero ahora me pregunto... ¿qué era este sentimiento que no podía nombrar?

Cuando llegaron informes de su ubicación en Whispering Grove, insistí en ocuparme del asunto personalmente.

La incompetencia de Wuji había permitido que esta farsa se prolongara; yo la terminaría.

Las antiguas energías del bosque zumbaban a mi alrededor mientras descendía, mis túnicas ondeaban como sombras.

Allí estaba, transformado: ya no era el anciano marchito, sino una figura esculpida de perfección masculina, con cabello negro fluyendo y ojos afilados como espadas.





El cambio fue... intrigante. ¿Qué poder había reclamado?

Se giró hacia mí, con esa sonrisa exasperante en los labios.
"Anciano Feng. ¿Viene a terminar lo que empezamos?"

Lo miré con frialdad, mi voz como un viento invernal. "¿Te atreves a burlarte de mí, insecto? Tras tus viles trucos, huyes como una rata. ¿Qué maldad te has cometido?"

Se rió entre dientes, acercándose, su presencia... imponente, de una manera que despertó de nuevo esa extraña calidez. "¿Maldad? O quizás iluminación. Has estado pensando en mí, ¿verdad? Ese 'truco vil' me impresionó."

Me puse rígida, con la boca torcida en señal de desdén. ¿Cómo se atreve a presumir? "Tus palabras son tan vacías como tus amenazas. Estoy aquí para erradicar una plaga. Pero primero... explícame esta transformación. ¿Qué has hecho?"

Señaló una entrada oculta: un portal reluciente que conducía a un espacio opulento más allá. «Entra y te lo mostraré. A menos que te dé miedo un poco de... intimidad con el conocimiento».

¿Miedo? La palabra me irritó. Soy el anciano Feng Lianhua; nadie me manda. "Guíame", dije con frialdad, siguiéndolo a lo que él llamaba su "palacio del placer".





El interior era chillón: camas de seda, dispositivos extraños, olores que empalagan el aire como incienso prohibido.

Miré a mi alrededor, con la curiosidad despertada a mi pesar. ¿Qué rituales se habrían llevado a cabo allí?

Recordé atisbos de mis discípulos participando en sus locuras: lamentándose, dándose bofetadas como locos dementes. Tonterías corruptas.

Sin embargo, este lugar apestaba a eso. "¿Qué has hecho en este antro de depravación?", pregunté con voz firme, pero con la mente acelerada. ¿Por qué mi cuerpo se sentía... alerta?

Se acercó con los ojos brillantes. Antes de que pudiera reaccionar, se inclinó y me besó: una presión audaz y fugaz de sus labios que me provocó una descarga eléctrica en el alma.

Me retiré al instante, con los ojos abiertos y la mano llevándomela a la boca. "¡Insolente! ¿Cómo te atreves...?"

Pero él solo sonrió, empujándome de vuelta a la cama con una fuerza sorprendente. Caí con un golpe sordo, con la túnica desarreglada y los ojos aún más abiertos mientras él se movía con determinación. «Quítate la ropa», dijo, como si fuera la orden más natural.





Se me crispó la boca. ¿Cómo se atrevía este advenedizo? «El que va a estar desnudo eres tú, portador de inmundicia», repliqué con desprecio en la voz.

Pero él persistió, y sus palabras fueron una burla: "¿Qué? ¿Tienes miedo?"

¿Miedo? ¿Yo, que había enfrentado tribulaciones divinas? "Haz lo que quieras", espeté, con un tono frío como el viento glacial, aunque una extraña curiosidad me invadía. ¿Qué era este juego?

Me quitó la túnica metódicamente, capa por capa, exponiendo mi piel inmaculada al aire.

Me quedé quieto, observando con desdén distante: este cuerpo era un recipiente de poder, no un juguete.

Pero entonces tocó el pico endurecido de mi pecho, presionando con el dedo lo que sabía que era solo carne. "¿Sabes cómo se llama esto?", preguntó con un tono vulgar y burlón.

Parpadeé, sin comprender. ¿Qué tontería era esta?

Él sonrió. "Es una teta".

¿Teta? La palabra era grosera, vil, como el resto de su discurso.



Continuó, nombrando partes de mi figura con términos lascivos: "Esto son tetas", dijo, señalando mi pecho. "¿Esa curva ahí? ¡Culo!".

Una y otra vez, etiquetas vulgares para lo que yo consideraba mera anatomía: muslos, caderas, los sensibles pliegues inferiores. Cada palabra me rechinaba, apretando los dientes mientras él menospreciaba la forma sagrada.

Finalmente, rozó ese punto oculto entre mis piernas, y sentí una extraña sacudida; apreté los dientes con fuerza mientras un calor desconocido florecía. "Y esto", dijo con un brillo travieso, "es mi clítoris".

¿Clítoris? La sensación era... extraña, mi zona inferior palpitaba de una manera que nunca había conocido.

Extraño. Confuso. ¿Por qué mi cuerpo reaccionó así? ¿Yo, que había despreciado tales cosas como una locura contaminada?

Entonces se puso de pie, con las manos juntas y una expresión triunfante. «Ahora que ya conoces la anatomía básica del cuerpo femenino, empezaré».

¿Empezar? Mi mente daba vueltas: ¿en qué depravación me había metido?





JabraScan
RexScan



Traducción : Leo

Sin embargo, bajo el desdén, surgió esa curiosidad inoportuna, una grieta en mi gélida determinación. Este hombre... aprendería la locura de desafiar a un anciano.

